

SENDOA GIL LUQUE

---

EL CLAN DE LOS INMORTALES

*Misión Cáucaso*



éride ediciones

PARTE 1

---

*Libertad*

## Fin de curso

---

Los disparos de las armas nazis volaban por doquier. La gente huía, de un lado para otro, resguardándose de los alemanes. Los niños y mujeres se escondían mientras los hombres, con sus MP40, abatían a los enemigos. El chico la vio. Paula estaba allí, de pie. Sin embargo, algo raro estaba ocurriendo. Su cabello plateado se agitó de repente y se volvió negro como la noche, mientras que sus rasgos dejaban de ser suyos para ser los de una joven totalmente diferente.

Un hombre con uniforme nazi apareció, portando un arma. Sin embargo, todo se agitó y, de repente, se encontraba en una especie de estancia con el techo altísimo que tenía el aspecto de una catedral con grandes vidrieras de colores a los lados y enormes vigas de madera cruzando el techo. Al fondo de la estancia había un trono y, frente a él, un joven de ojos de hielo vestido con una larga túnica negra. Su mirada era espeluznante, la peor que podría llegar a imaginarse. El simple hecho de clavar en aquellos ojos la mirada provocaba que uno se sintiera paralizado, impedido, como si todo se hubiera acabado.

El joven agarraba a la mujer de cabello oscuro por el cuello y apretaba con fuerza, con tanta fuerza que parecía que iba a arrancarle la cabeza a la chica, clavando aquellos ojos de hielo repletos de odio en las enormes esmeraldas de ella, que parecían suplicar ayuda. El que observaba aquella escena intentó moverse, en vano. Era como si sus pies no le respondieran, como si se encontrara paralizado. Tenía que salvarla. Con un esfuerzo sobrehumano logró dar un paso pero, cuando parpadeó, se encontraba en otro lugar totalmente diferente.

Frente a él había una mujer negra vestida con una túnica como el carbón y, tras ella, un montón de criaturas oscuras que se movían de un lado a otro, como insectos esperando para atacar. Los ojos verdes de la mujer de negro se clavaron en los del observador pero, entonces, su mirada se perdió y cayó al suelo de rodillas. Tras ella

estaba la joven morena de antes, pero sus ojos eran como los de aquel que los tenía de hielo, y en su cara había dibujada una terrible sonrisa de odio y satisfacción, contemplando el cuerpo de la mujer negra caer al suelo.

Otra sacudida. Esta vez se encontraba en una especie de ciudad, totalmente destruida. Los cascotes de piedra caían por todos lados y las llamas engullían todo a su paso. El calor era terrible y el humo nublaba la visión, pero continuó, aun sin saber muy bien a dónde dirigirse. Apenas tuvo que avanzar cuando vio, sobre el asfalto agujereado el cuerpo de una joven morena de ojos verdes. Su tripa estaba hinchada y de su boca brotaba un fino hilo de sangre. Su cara mantenía una mueca de sorpresa, como si aquello que la había matado le hubiera causado una terrible sensación de pánico.

Intentó gritar su nombre, pero la voz no le funcionó. Agitó la cabeza, intentando centrarse y, para su sorpresa, se volvía a encontrar en Berlín, mientras los alemanes corrían de un lado para otro. En el suelo seguía el cuerpo sin vida de una chica, pero algo no era igual. No sabía cómo explicarlo, pero había dos personas en el cuerpo de una. No había nada que resultase extraño en ello, parecía una persona normal, pero David sabía que allí había dos chicas. Intentó gritar sus dos nombres, pero no pudo ser.

Las llamas cesaron de golpe, como congeladas, y el hollín y las piedras quedaron suspendidos en el aire. El tiempo parecía haberse parado cuando, de repente, una figura se dibujó contra el fondo de la calle. A juzgar por las formas y las dimensiones debía de tratarse de un hombre. Un hombre que avanzaba directamente hacia las chicas. De nuevo, intentó moverse, pero fue otro intento fallido. ¿Qué le estaba ocurriendo? Sintió ganas de llorar de impotencia, pero ni siquiera llorar pudo. Mientras tanto, el hombre no dejaba de avanzar hacia el lugar donde se encontraban él y las chicas.

—Tanto tiempo... Y el dolor no se va —dijo una voz que parecía venir de todas partes. Sin embargo, sabía que había sido aquel hombre el que había hablado. Intentó mandarle callar. De nuevo, fue en vano.

»Tanto tiempo para olvidar y aprender —de nuevo la voz—. ¡Ya es tarde!

David Robles despertó de golpe, con los ojos muy abiertos y los músculos en tensión. Sintió el vello de su cuerpo erizado y sus dientes ejerciendo presión contra su mandíbula. Respiró con tanta fuerza que en vez de respirar pareció que estaba rugiendo. Se contempló las manos, temblorosas, para ver que sus uñas parecían haber crecido unos milímetros y los pelos que cubrían su tonificado brazo estaban tiesos. Respiró profundamente y sintió su vello volver a su estado natural, mientras que las uñas se recogían hacia dentro, provocando un ligero dolor en el joven. Cuando sintió que su corazón volvía a los latidos habituales (casi ninguno por minuto, de hecho) se dejó caer sobre una cama empapada en un sudor frío y abundante. Entonces pudo girar la cabeza para contemplar a la joven que le acompañaba.

Sus ojos verdes parecían asustados y preocupados. Sin embargo, no se había alejado de él ni un poco siquiera, como si supiera que nada podría dañarla mientras se encontrara en aquel lugar. Llevaba puesta una camiseta negra que el joven ya no solía utilizar, ya que, según ella «es suave y calentita, y tiene ese olor tan tuyo». Su cabello estaba alborotado. Parecía como si su cabeza fuera el cuerpo de una araña negra que estiraba sus infinitas patas hacia dondequiera que pudiera. La mano de ella, blanca y de dedos delgados se posó sobre su pecho, ejerciendo una ligera presión. La calidez de la chica hizo que un escalofrío recorriera la espalda de David, que decidió disfrutar de aquella caricia.

—¿Has vuelto a tener la pesadilla, lobito?

Su voz fue suave y cariñosa, aunque se podía apreciar en ella un temblor causado, seguramente, por los nervios y el miedo del momento. Sin embargo, escuchar aquella voz, aquel tono agudo, ligeramente nasal y suave, tan cercano y conocido, le hizo sentirse un poco mejor, como si alguien le hubiera cantado una nana antes de dormir. Se humedeció los labios antes de responder, ya que tenía la boca completamente seca.

—Sí —su voz sonó ronca—. Ha sido peor que otras veces. Todas mis guerras, mis luchas...

—Ya está, cielo —interrumpió, plantando un beso en la mejilla. Fue suave, acogedor. Ella también tenía los labios secos, notó David. Se llevó las manos a la cabeza para secarse el sudor de la frente.

David estaba sentado en una silla en el aula en el que solían dar matemáticas. La pesadilla había sido un mal modo de comenzar la jornada. A pesar de que llevaba muchos años (demasiados, más de cincuenta, de hecho) teniéndola, no podía lograr acostumbrarse a ella. Al menos, pensó, ahora tenía a Miren cada día al despertarse.

No hacía mucho que se habían mudado a una casa en la montaña cerca del pueblo donde vivían con tal de estar menos expuestos ante los posibles peligros. Al fin y al cabo, eran dos renegados. Medio año atrás, al principio de aquel curso de primero de bachillerato, David había conocido, accidentalmente, a Miren, una joven extremeña que se había mudado allí con sus padres y que asistía al instituto en el que el joven se encontraba a órdenes de uno de los Grandes del Clan de los Inmortales, una secta de inmortales a la que pertenecía el chico.

Aunque David se había prometido mucho tiempo atrás, tras perder a Paula a manos de un oficial nazi, que jamás volvería a enamorarse y a sabiendas de que aquello provocaría que el clan se volviera contra él, no pudo evitar hacerlo. Ciertamente, echando la vista atrás recordaba aquellos días ridículos, como si en vez de doscientos años tuviera diecisiete. El caso es que, al final, incluso aunque su amigo Alex Ashford hubiera intentado hacerle entrar en razón, David había traicionado al Clan de los Inmortales contándole la verdad sobre su inmortalidad a la chica. Eso sí, no se podía obviar el hecho de que el joven inmortal siempre odió su secta, sus métodos y, sobre todo, a sus líderes.

Aquella confesión trajo consigo el comienzo de la lucha entre los renegados y el clan, que condujo, casi sin querer, a la alianza entre los rebeldes (donde se encontraban David, Miren, Alex, el hijo del fundador de 4Ever, la más poderosa empresa farmacéutica del mundo, y un agente secreto) y Ramón Garate, uno de los más importantes científicos del mundo, que trabajaba para 4Ever intentando que su auténtica identidad no fuera conocida. Así, juntos se enfrentaron al segundo al mando del clan, Kevin Oxford, el más poderoso mentalista jamás existido. La batalla fue dura, pero Alex logró encajar una bala de calibre 50 del arma personal de David en la cabeza del Gran Mentalista, acabando de ese modo con su vida. Sin embargo, aquellos acontecimientos provocaron que Edwin de la

Corte, el fundador de aquella secta y el más anciano de los inmortales, escapara de su prisión con el poder de tres de los cuatro diferentes genes que caracterizaban a los inmortales: el gen de licántropo, el gen de espectro y el gen de vampiro.

Tras aquella batalla, aunque por unos instantes los renegados pensaron que todo había acabado, las cosas comenzaron a ponerse peor. Ethan Chesterfield, el hijo del fundador de 4Ever y renegado, decidió recuperar lo que un día le fue arrebatado y, para ello, realizó diferentes ataques bioterroristas a lo largo y ancho del globo, utilizando patógenos sintéticos y potenciados, lo que creó un sentimiento de desesperación en la humanidad, que comenzó el exilio hacia otros países.

Poco después, gracias a Ramón Garate y a viejos conocidos suyos renegados de 4Ever, el mundo supo la verdad detrás de aquella corporación: experimentaban con virus letales en humanos, creaban y vendían fármacos altamente peligrosos y provocaban epidemias para experimentar, entre otras. De este modo, y tras la supuesta muerte del actual dueño de la compañía, Sergio Quintanilla, la poderosa farmacéutica comenzó a caer. En unos pocos días sus acciones habían caído en picado y, al cabo de una semana, todo su imperio había desaparecido.

Mientras esto ocurría, David y Alex, junto a un grupo de renegados de 4Ever, se unieron a un De la Corte más poderoso y a un tercer aliado momentáneo, Hedeon, un clon que el Clan de los Inmortales había hecho del Gran Vampiro, Sergei Kalashnikov. Juntos se dirigieron a la Región del Sol, unas de las instalaciones más importantes del clan, que estaba a órdenes de la Gran Espectro, Yumma Stone.

Cuando todo parecía imposible, Ramón, que había hundido 4Ever, apareció con centenares de refuerzos, renegados de 4Ever dispuestos a acabar también con la secta. La batalla de la Región del Sol fue dura y hubo muchas bajas, aliadas y enemigas. Sin embargo, todo culminó con la muerte de Stone a manos de una Miren que, al parecer, había sido controlada mentalmente por Kevian, la sucesora de Oxford y nueva Gran Mentalista del Clan de los Inmortales.

Después de aquello, los altos cargos del ataque a 4Ever y a la Región del Sol decidieron formar la Resistencia, un grupo de renegados

de ambos bandos dispuesto a darle fin a toda aquella lucha, cuyo icono fue decidido que fuera la misma Miren, ya que había sido la que había comenzado todo aquello.

Sin embargo, no todo eran buenas noticias. El Ministro de Defensa Axel Shepard, logró convencer al dueño de *FutureTech*, la empresa más importante dedicada a la tecnología y la robótica para llevar a cabo un horrible proyecto que consistía en equipar a sus soldados con exoesqueletos y miembros aumentados mediante tecnología con tal de crear al Ejército del Orden, que mantendría la paz en todos los países que lo aceptaran. Esto, claro estaba, había sido el comienzo de un estricto régimen.

Al principio los Soldados del Orden habían obrado bien, protegiendo a la gente durante unas semanas. Sin embargo, a mediados de mayo, Shepard vio que el crimen aún continuaba, así que decidió triplicar la vigilancia y endurecer las normas. En apenas unas horas, el mundo entero sintió unas cadenas que rodeaban su vida:

- Decreto N° 48: *quedan prohibidas las reuniones de más de cuatro personas en vías públicas. Esto excluye a las reuniones del Ejército del Orden.*
- Decreto N° 49: *las reuniones de más de cuatro personas deberán realizarse en lugares habilitados para ello y tras recibir una autorización y siempre bajo la supervisión de un Soldado del Orden.*
- Decreto N° 50: *la autorización necesaria para dichas reuniones ha de ser dada por un oficial del Ejército del Orden tras exponérsele los motivos, la duración y la cantidad de personas que asistirán al evento.*
- Decreto N° 51: *los eventos deportivos y musicales entran dentro de las órdenes establecidas por los decretos 48, 49 y 50.*
- Decreto N° 52: *si una reunión de más de cuatro personas fuere encontrada reuniéndose de modo clandestino, se ejecutará la inmediata encarcelación de todos los presentes, con un castigo mínimo de 6 meses en prisión.*
- Decreto N° 53: *el toque de queda es fijado a las 21.00 horas, y finaliza a las 6.30 horas.*



- Decreto N° 54: *la persona que fuere hallada fuera de su hogar o lugar de residencia durante el toque de queda será castigada con su inmediata encarcelación, con un castigo mínimo de 3 meses.*
- Decreto N° 55: *queda abierta la prisión Nigrubus en la isla de Santa Elena.*
- Decreto N° 56: *todo prisionero que sea apresado a partir de la fecha de publicación de este decreto cumplirá condena en Nigrubus.*
- Decreto N° 57: *queda completamente prohibida la compra o venta de cualquier artículo perteneciente o creado por Semper, la comunidad de los denominados kevoxianos, keoxianos o semperitas.*

Los kevoxianos o keoxianos (o semperitas, como se hacían llamar desde hacía unas semanas) eran los seguidores del fallecido Kevin Oxford, al cual veneraban como un dios. Semper, la secta de keoxianos, había sido formada varios años atrás, cuando el Clan de los Inmortales había tratado de ganar seguidores de forma pública, y Oxford se había alzado como un poderoso líder idealista, totalmente en contra de la sociedad y política actual. El mentalista defendía la idea de que el mundo debía evolucionar, solventando problemas tan básicos como que la sociedad solo buscara el mal y eliminando todo producto tóxico para el organismo como el alcohol o el tabaco.

Aquello había sido antes del accidente de Silverpolis, pensó David. Aquella ciudad turística creada por 4Ever y gobernada por Walter von Stein, hijo de un antiguo científico nazi que había logrado evitar los Juicios de Núremberg, había sido infectada por el virus Pigmalión del Clan de los Inmortales por algún comprador que se había hecho con el patógeno en el mercado negro. La ciudad se había llenado de enfermos tontos y agresivos, lo que comúnmente se conoce como zombis. Unos antiguos conocidos de David se habían visto envueltos en aquel desastre. Sin embargo, alguno de ellos, como Sendoa y Julene, habían logrado escapar, junto a otros miembros que ahora pertenecían a la Resistencia, como la doctora Lizarraga. Se vieron obligados, después, a trabajar para 4Ever. Por desgracia, la suerte no parecía estar de parte de aquellos

jóvenes, de los Pigmalión (se les llamaba así porque habían sido infectados por el virus al nacer, parte de un proyecto secreto de 4Ever para crear soldados perfectos, para poder dar un empujón a la evolución, entre otras cosas). Ambos fallecieron en uno de los ataques bioterroristas realizados por Ethan Chesterfield.

Aquellos últimos meses habían parecido años. Las diferentes batallas, las luchas, los ataques, se habían llevado por delante a muchos amigos y enemigos. Incluso aunque no hubieran muerto, aquella guerra había cambiado a mucha gente. Pensó en Alex, su amigo, que les había traicionado antes de llegar a la Región del Sol con tal de recuperar el poder que una vez poseyó. Había sido un golpe duro para David, desde luego. Suspiró, tratando de alejar aquellos malos pensamientos de su cabeza.

Aquel día, en clase, recibirían la nota del último examen, aunque no dudaba que había sido muy buena. Al fin y al cabo, durante todos los años que había pasado como inmortal había estudiado de todo. Le gustaba saber, le gustaba sentirse culto, aumentar su sabiduría. Llegó al instituto en tercero, diciendo tener un año más del que en realidad tenía. A órdenes de Kevin, debía fingir no ser demasiado listo, pero tampoco tonto, y había asignaturas en las que, a propósito, sacaba notas mediocres. Sin embargo, ahora que no trabajaba para Kevin, le daba igual todo aquello. Simplemente quería sacarse el graduado para hacer una carrera y poder ganar dinero ahora que el Clan de los Inmortales no le pagaba, evidentemente.

Habían pasado varios meses desde la batalla en la Región del Sol. Habían vuelto a sus vidas normales, más o menos, aunque las cosas habían cambiado bastante. Ramón Garate ya no trabajaba en el instituto, por lo que tenían menos ayuda para justificar sus posibles faltas. Sinceramente, al joven le daba un poco igual, el problema era Miren. Sin embargo, como ella tan solo había faltado un par de días mientras transcurría todo lo relacionado con la Región del Sol, no había habido demasiados problemas.

Hacía ya mucho tiempo que no se sabía nada del Clan de los Inmortales ni de Edwin de la Corte y su Nuevo Clan de los Inmortales, el cual estaba formando tras la traición de los otros tres Grandes a su persona. Ni movimientos extraños, ni nada sobrenatural. Era como si se mantuvieran más en la clandestinidad aún.

La Resistencia, por su parte, estaba teniendo bastantes problemas para investigar o moverse. Tenían que hacer pocas reuniones y tenían muchos problemas a la hora de realizarlas.

El motivo de todo aquello era el Ejército del Orden. Hacía unas semanas el estado español había aceptado que los Navy SEAL con exoesqueletos de *FutureTech*, bajo las órdenes del ministro de defensa Axel Shepard operaran en todo el país. Cientos de controles, toques de queda, cacheos para entrar en casi cualquier edificio público. Estaban, al fin y al cabo, siendo inhibidos por aquellos soldados.

—¿Qué piensas? —preguntó Miren, sentada a su lado, dándole un codazo.

Él la miró. Sus ojos verdes parecían nerviosos. No sabía qué nota iba a sacar en matemáticas, y estaba un poco taquicárdica. Lo había pasado mal, pero era una chica dura e inteligente. A pesar de haber sido controlada durante un tiempo por Kevian, la nueva Gran Mentalista, había recuperado el ritmo de su vida en seguida. Volvía a hacer Taekwondo, llevaba los estudios al día... A menudo se preguntaba si realmente había sido capaz de superar los diferentes dueños de un modo extremadamente efectivo, o si los mantenía ocultos hasta que, en algún momento, estallaran.

Sin embargo, había algo que no lograban encajar bien. Hacía un tiempo, poco después de la batalla de la Región del Sol, ella había aceptado tener un hijo con David. Sin embargo, por mucho que lo intentaran, no conseguían nada. Al joven no le disgustaba la idea de seguir intentándolo, pero era muy cierto que quería ser padre y aquello le ponía un poco nervioso. Estaba viejo, pero no por ello debía funcionar mal, ¿no? Al fin y al cabo, ya se habían dado casos de hijos accidentales de inmortales, llamados Indeseables. Los Indeseables eran de dos tipos. Entre dos inmortales, en cuyo caso el bebé, una vez nacido, no se desarrollaba, y entre un mortal y un inmortal. En aquel último caso, el bebé crecía más lentamente y con algún poder de su progenitor inmortal. Sin embargo, eran eliminados lo antes posible por las fuerzas *Arcadic* del Clan de los Inmortales.

—Le estaba dando vueltas a lo de... —señaló con la barbilla el vientre de la joven, cubierto por una camiseta oscura de tirantes que dejaba sus blancos hombros al descubierto.

—¿Sí? Pues que suerte, yo no puedo quitarme de la cabeza el ejercicio 3. Malditas integrales —miró a David, frunciendo el ceño—. Me caes mal, por saber todo.

—Vas a sacar bien, como todo. Creo que eres la chica más cabezona que conozco.

—*Bai, zera!* Y tú el tío más optimista sobre la faz de la Tierra. ¡Es que no recuerdo si puse positivo o negativo en el 4 antes del paréntesis! ¿Tú entiendes todo lo que puede cambiar eso?

—Miren, cielo, estate tranquila.

—Es solo que este es mi último año aquí. El curso que viene tendré que hacerlo desde casa para soportar el embarazo y quiero irme de aquí con buen sabor de boca.

—Bueno, te llevas un lobito cabezón y sabelotodo.

David sonrió y le acarició la espalda mientras miraba alrededor. La silla que había pertenecido a su amigo Alex Ashford seguía desocupada. Pocas veces se escuchaba a alguien preguntando por él. Su compañero nunca había sido muy sociable, desde luego. Hacía meses que no sabía nada de él, desde su pelea en los aposentos de la Gran Espectro. ¿Dónde estaría? ¿Se habría unido a Kalashnikov al fin? El ansia de poder le había nublado la mente, le había separado de sus amigos. Las cosas habían cambiado mucho.

La Resistencia, a pesar de las restricciones de los Soldados del Orden, estaba logrando más adeptos por todo el mundo, seguidores de la libertad y aullando por un mundo sin opresión. Y todo gracias al discurso que la joven Miren había dado unos meses atrás, un discurso que, para sorpresa de todos, había calado muy hondo en algunas personas que, bien de un modo lo más activo posible o bien desde las sombras, apoyaban a aquel grupo.

Sin embargo, no era la única organización que parecía estar ganando seguidores. Los kevoxianos, Semper, parecían estar ganando fuerza y aceptación por todo el globo. Cada día había nuevas noticias en los telediarios acerca de aquella secta que adoraba a Kevin Oxford, el Dios del Nuevo Mundo, como ellos decían. Ya habían incluso construido varias estatuas del todopoderoso mentalista en algunos lugares. Lo peor eran los castigos impuestos por los semperitas...

El mundo parecía estar volviéndose loco y las amenazas parecían cada vez más. El Clan de los Inmortales, el Nuevo Clan de los

Inmortales, Semper, el Ejército del Orden... Y, aunque los aliados fueran cada vez más, las complicaciones también iban en aumento. El hambre, la pobreza, los exilios. Incluso el tráfico de sustancias ilegales y otro tipo de mercancías había aumentado. Tras la caída de 4Ever muchos de los fármacos y patógenos que la multinacional había utilizado habían acabado en el mercado negro.

—Por favor, todopoderoso dios keoxiano, ayúdame a aprobar este examen de matemáticas. Soy yo, tu Eva, ¿recuerdas? —susurró Miren, cruzando los dedos.

—Eres idiota —rio David.

—Para alguien que me tiene pelota...

—¡Tendrá morro! ¡Si todos los profesores te tienen pelota!

—Creo que a Helena le caigo un poco mal. Un día saqué un 9'8 en un examen y no me puso la pegatinita de «*Very well!*».

—Sí, eres idiota.

Tres golpes en la puerta. Neo Somnio se acercó y miró por la mirilla de la puerta. Quitó el cerrojo y retrocedió hasta quedar en la sombra. La puerta se abrió lentamente y por ella entró un hombre con bigote y una larga cicatriz que parecía una sonrisa de payaso. Sus ojos denotaban cansancio. Desde las sombras, sin mostrar su cara, Neo Somnio le hizo un gesto para que se acercara. El hombre obedeció y se sentó en una silla que allí había.

—Bienvenido, señor Garate —dijo el detective, con un modulador de voz—. Me alegra ver que aceptó mi llamada a su persona. Por unos instantes dudé de su valentía.

—Tengo bastantes cicatrices que aseguran lo contrario, detective —Ramón sonrió, marcando más su sonrisa de payaso—. ¿Para qué me quería?

Neo Somnio era el detective más importante de la Unión Europea. O, al menos, lo había sido por un tiempo. Su predecesor, Somnio, fue un gran investigador que trabajaba para la Interpol a nivel internacional. Se había visto envuelto en el caso Thanatos varios meses atrás, en donde un mentalista que resultó ser el mismo Kevin Oxford asesinó a los investigadores, científicos y policías más dotados del mundo. El detective mandó reunir a los mejores hombres, los mejores detectives y tiradores, para dar caza al asesino Thanatos. Sin

embargo, todo resultó ser una encerrona. Somnio, que resultó ser el mismo Thanatos, es decir, Oxford jugando un doble papel, preparó un ataque contra aquellos hombres especializados y acabó con ellos, fingiendo de paso su propia muerte. Después de aquello, la Interpol realizó unas pruebas para buscar un nuevo detective, y allí apareció Neo Somnio, un fiel seguidor del Somnio original (antes de saber que era un asesino, por supuesto). No obstante, la gente había perdido confianza en él tras la muerte del presidente de los Estados Unidos. Al fin y al cabo, con fin de que los renegados acabaran con 4Ever, el detective ordenó no intervenir a las fuerzas policiales en el asedio a la sede de la farmacéutica, lo que trajo la muerte del presidente.

—No creo que sea necesario mencionar que el mundo está cambiando. Todo lo que conocíamos se está perdiendo, incluso el control de la Humanidad sobre la Tierra. Esos días se acercan a su fin. Al igual que su hermano, el *Homo neanderthalis*, el *Homo sapiens* está a punto de ser extinguido por sus primos más evolucionados. Y yo, desde luego, no quiero que eso ocurra.

»Desde que ordené a las fuerzas policiales no intervenir en el asedio a la sede de 4Ever, he perdido mucho poder. Una gran cantidad de mis ayudantes a lo largo del mundo se ha ido, y poco queda vivo de la leyenda que mi antecesor alzó. Somnio ya no es el nombre del respeto, sino el del deshonor.

—¿Qué quiere decir? —Ramón estaba comenzando a ponerse nervioso con todo aquello.

—Mis investigaciones me han llevado a un punto interesante, a algo realmente extraño en las actividades de los Soldados del Orden más allá de «proteger» a los civiles. Parece ser que el ministro Shepard quiere algo más que proteger y liberar este mundo. Sin embargo, sin seguidores, no puedo hacer nada para evitarlo. Necesito que tú y tus hombres os encarguéis de demostrar todo lo que sospecho.

—Verá, detective. Agradezco mucho lo que hizo por mí en Nueva York, de verdad. Pero la Resistencia está demasiado ocupada para seguir humo.

—¿Intentando detener al Clan de los Inmortales? —Ramón quedó sorprendido ante aquellas palabras. ¿Cómo sabía aquello? —. Doctor Garate, nada va a cambiar mientras Axel Shepard y sus Soldados

del Orden sigan protegiendo cada rincón del planeta. Invalidarán cualquier movimiento sospechoso. Ni siquiera Kalashnikov ni De la Corte han movido pieza aún. El único modo de poder realizar el último ataque, es haciendo que los Gobiernos se vuelvan en contra de los soldados. Y si trabajáis, no para mí, sino conmigo, podremos hacer que eso se haga realidad.

—No son más que deducciones de alguien cuya identidad desconozco. Y he aprendido a desconfiar de la gente que desconozco... y conozco.

Ramón sabía muy bien lo que decía. Al fin y al cabo, uno de los traumas más grandes de su vida había sido causado por un amigo cercano. En otra época el doctor Garate estuvo casado con una mujer llamada Alicia, y con dos hijos, Aitxel y Sergio. Sin embargo, su compañero, Quintanilla, le traicionó y su familia fue asesinada ante sus ojos por Kalashnikov y Oxford. Desde entonces no había vuelto a ser el mismo.

—Alguien que dedujo quién era el culpable de los ataques bioterroristas de hace unos meses. Alguien que sabía que vuestra labor en la sede de 4Ever debía ser exitosa. Alguien que sabe, sin lugar a dudas, que aceptarás esta misión. No me conoces, Garate, pero soy tu aliado en esta batalla —la sombra apoyó la mano en un escritorio que había en la sala. Sonó como si dos materiales duros impactaran entre sí—. Yo no cometo errores. Al fin y al cabo, fui elegido como el más digno sucesor de Somnio.

David y Miren salieron por la puerta del instituto mientras el Sol les bañaba los cuerpos. Él iba vestido con una camiseta de manga corta totalmente negra, sin ningún detalle, y unos pantalones cortos que le llegaban hasta la altura de la rodilla, dejando ver el vello de sus piernas. Ella, a su vez, vestía una camiseta gris oscura de tirantes y unos pantalones largos negros. Se había avergonzado de sus piernas y por aquel motivo los llevaba largos, a pesar del calor.

Desde que había engordado varios kilos a causa de una inmortalidad que la joven desconocía, había pasado un tiempo, y la chica había recuperado su físico natural, redondita, pero sin sobrepeso. Eso sí, su cuerpo se veía más atlético, debido a las clases de artes marciales a las que asistía. Sin embargo, ella seguía sin gustarse.

—*Kabenzotz!* ¡Y decías que ibas a suspender! ¡Un 8'9, lo que te deja una media de 9'3! —se quejó David, fingiendo que se enfadaba con la chica.

—Oye, tengo derecho a preocuparme —la chica exageró la caída de las comisuras de sus labios—. Además, ¿de qué te quejas? Tú tienes un 9'4.

—Pero yo soy un veterano de la vida, bichito.

—Vejestorio... A veces se me hace raro —miró al chico, que parecía concentrado en algo que ocurría al fondo de la calle—. Quiero decir, aunque parezca que tienes mi edad, o un año más o menos, tienes más de doscientos años. ¿No te parezco infantil?

—He pasado mis últimos años rodeado de gente de tu edad. Además, prefiero mil veces una chica interesante, inteligente e infantil que una descerebrada y madura. Pero no, no eres infantil.

—Pederasta.

David le dio un puñetazo suave en el hombro y continuó mirando al lugar al que estaba mirando con anterioridad. Miren se fijó en el mismo lugar y vio lo que allí había. Dos Soldados del Orden, uno con exoesqueleto completo y otro con los dos brazos mecánicos, agarraban a un niño y a su padre, empujándoles con violencia. Llevaban un uniforme militar y portaban dos armas automáticas.

—Os estoy diciendo que no ha sido mi hijo —se quejaba el padre, protegiendo a su hijo, de unos diez años—. Creedme, por favor.

—Mi compañero dijo que fue tu chaval el que anduvo insultando a los Soldados del Orden. Según el Decreto N° 26 del ministro Shepard, la falta de respeto a las autoridades y, especialmente, a los Soldados del Orden será castigado con una noche en el calabozo y, en caso de oponer resistencia, con el ingreso en Nigrubus —dijo el soldado del exoesqueleto.

—¡Tiene once años, maldita sea!

El de los dos brazos modificados le dio un fuerte empujón al padre que le hizo caer. En aquel momento David dio un paso al frente, pero Miren le agarró del brazo. Él la miró, con los ojos completamente negros, y ella negó. No valía la pena arriesgarse. El joven se mordió el labio inferior de rabia y se desvió hacia su coche, furioso.



Sergio Quintanilla fue a recoger a Neska al colegio, en Nueva York. Paró su Volkswagen frente a la puerta y esperó. Todo era muy diferente en aquel momento. Tadeus y todos los hombres con cierto poder en la Resistencia le habían dado una nueva identidad. Sergio Quintanilla había muerto, al fin y al cabo. No quería ni imaginarse qué ocurriría si algún Soldado del Orden descubría todo aquello.

Sin embargo, a pesar de estar supuestamente muerto, de ser odiado por casi toda la humanidad, el antiguo jefe de 4Ever estaba contento. Hacía muchos años que no sabía lo que significaba ser libre, poder tener una vida normal. Estaba harto de tener que ir de laboratorio en laboratorio trabajando en proyectos horribles y en contra de la moral humana. 4Ever, el Clan de los Inmortales... Su pasión y todo lo que más odiaba a la vez.

Cuando aún era joven y despreocupado, Kevin Oxford había aparecido en su puerta, ofreciéndole trabajo dentro del Clan de los Inmortales, a cambio de que aceptara ser inmortal. Lo que en un principio había parecido una buena opción, la mejor salida posible, fue una trampa. Siendo inmortal, no podía escapar del control de los Grandes. Así, se había visto obligado a servir al clan y, posteriormente a 4Ever en sus terribles experimentos. Aquello le había llevado a perder a un buen amigo que era Ramón Garate y a contemplar la muerte de su querida Renata, a la cual había visto viva hacía poco, a órdenes del Clan de los Inmortales, con el sobrenombre de Kevian, la Gran Mentalista. Solamente cuando los renegados habían atacado la sede de 4Ever en Nueva York había podido ser libre.

«No merecías morir», había dicho Ramón. «Solamente merecías poder hacerlo».

A pesar de todo el daño hecho, Garate le había perdonado. A pesar de todo lo ocurrido con su familia, el hombre le había perdonado, aunque no demostrara haberlo hecho. Al fin y al cabo, habría sido más sencillo disparar una bala de nueve milímetros normal y corriente en vez de aquel suero que inhibía la inmortalidad de un individuo.

La Resistencia, por su parte, seguíateniéndole cierto recelo pero, con el tiempo, estaban comprobando que Quintanilla no era tan mala persona como había parecido, sino más bien alguien que amaba su trabajo y, por culpa de fuerzas superiores, se había visto

obligado a recurrir al lado oscuro. Al final, todos le terminarían aceptando.

Neska y él vivían en un apartamento en Manhattan, pequeño, sin demasiados lujos, uno que cualquier persona normal utilizaría para vivir. Llevaban una vida normal. Sergio trabajaba como «transportista», y gracias a este oficio podía realizar diferentes viajes a los distintos lugares de reunión de la Resistencia. No había demasiadas por culpa de los Soldados del Orden y toda su opresión, pero no quería perderse ninguna. Al fin y al cabo, aunque hubiese poco movimiento, cada vez eran más los que se unían al aullido de Miren González, la chica junto a David, el inmortal de la Profecía.

Neska salió por la puerta del colegio con dos amigas. Se había cortado el pelo hasta los hombros, y vestía una camiseta rosa y unos pantalones vaqueros rotos. La niña había continuado yendo al mismo colegio con tal de que no hubiera demasiado papeleo. Había superado lo de sus padres (o al menos había sido capaz de silenciar los gritos internos de dolor), y había pasado un tiempo con sus tíos en las afueras, pero estos habían decidido emigrar a Londres. Decían que Estados Unidos no era un lugar seguro, que la guerra estallaría allí. Sergio lo dudaba, pero no logró convencerles. Al final, la niña acabó viviendo con él, como tutor que era. Técnicamente acabó viviendo con su nueva identidad.

La niña entró al coche.

—Ya era hora, llevo unos minutos esperando —dijo Quintanilla en un perfecto inglés, mirando por el retrovisor para sacar el coche de su aparcamiento en línea.

—La profesora de Conocimiento del Medio. Jimmy estaba hablando y nos ha castigado a todos.

—Seguro que estabas con tu novio —Sergio sonrió. Aunque no se conocían desde hacía demasiado tiempo, se llevaban bastante bien. El hombre no estaba seguro de si Neska era conocedora que sus padres habían muerto por su culpa o no.

—No tengo novio, Sergio. Los chicos de mi clase son todos unos chulos. Ya sabes. Fútbol —dijo, refiriéndose al fútbol americano—, MMA, chicas... no saben hablar de otra cosa.

—¿Y novia?

—¿Y tú? —contraatacó Neska, señalando con el índice.

Sergio bajó la mirada y frunció un poco el ceño, molesto. Hacía unos meses que Kevian había aparecido en su despacho para asesinar a los dos soldados con armadura de plata y al presidente. Sin embargo, él no había visto en ella a una chica desconocida, sino a su antigua amante, a Renata. Ella había muerto años atrás, asesinada por Oxford, frente a sus ojos. Al parecer, no había sido más que una patraña. Al parecer, el Gran Mentalista había hecho que ella se uniera a sus filas.

Sin embargo, no parecía ser ella misma. ¿Le habría lavado Kevin el cerebro? ¿O acaso estaba bajo el control de algún poderoso mentalista? Había tratado de sacar información relevante de los inmortales que se habían unido a la Resistencia, pero lo único que había sacado el claro era que al parecer Kalashnikov había hecho de ella la Gran Mentalista.

La encontraría, y le haría recordar de nuevo.

Miren bajó del coche en cuanto David hubo tirado del freno de mano. Se despezó como si de un gato se tratara y se acercó a la puerta de entrada a la casa, dejándose bañar por el cálido sol. Sin embargo, cuando estaba a punto de abrir la puerta se volvió hacia el chico, que la seguía muy de cerca y casi chocó de bruces contra ella. Retrocedió unos pasos para dejarla espacio vital.

—David, ¿puedo pedirte algo? —sonrió traviesamente, y David la miró extrañado. Asintió—. ¿Puedes enseñarme a disparar?

—¿Qué? ¡Pero si ya sabes! ¡Pulsando el R2! —la chica rio, negando con la cabeza.

—Me refiero a un arma de fuego. Con su gatillo y su cañón y todo eso.

—Dame un motivo.

—¿Un motivo? Quizá una guerrita de nada, no sé... —se serenó—. En serio, cielo. Mira cómo están las cosas. Cualquier día todo puede dar un giro, y aunque sepa dar unas patadas...

—Muy buenas patadas, he de decir.

—... estaría bien tener otro modo de defenderme. Un modo de asesinar inmortales, ya sabes. Por favor —añadió.

David pareció pensárselo unos instantes, mirando hacia el cielo. Después, asintió y le hizo un gesto a la chica para que la siguiera.

Miren obedeció, entusiasmada. Llevaba un tiempo queriendo aprender a disparar, pero le daba vergüenza preguntarle aquello al hombre. Había tantas cosas que le avergonzaba preguntar y hacer...

El inmortal cerró la puerta del garaje y se acercó a la pared del fondo, donde movió un pequeño panel casi imperceptible en la pared, dejando al descubierto un panel digital. David introdujo los cinco dígitos y la pared de al lado se abrió, dejando ver un ascensor. Era una de las entradas al bunker subterráneo de la casa, junto con la del dormitorio principal. La chica sabía que aquello estaba allí, pero nunca había bajado. Se imaginaba aquello como una gran armería repleta de armas de fuego y nunchakus. Sin embargo, cuando el ascensor llegó abajo, vio que aquello no era tal y como había esperado.

Era un pasillo largo con dos puertas a cada lado. «Armería», «Sala de preparación», «Sala de tiro» y «Sala de munición». Al fondo, el pasillo giraba hacia la derecha hacia lo que parecía una pequeña sala de trabajo. Quizá allí se personalizaran las armas. Había más puertas, pero al no tener estas un letrero, la joven no pudo imaginar lo que habría dentro. David se dio la vuelta para cerrar el ascensor y se acercó a la armería, indicándole a la chica que le siguiera. Ella obedeció, aunque dio un traspíe en cuanto comenzó a andar, a causa de los nervios.

Cuando entró, la chica no pudo evitar un grito ahogado. Era una sala casi tan grande como su salón (el cual tenía dos pisos), y las paredes estaban repletas de armas. Había pistolas, escopetas, rifles de francotirador, rifles de asalto... ¡E incluso varios lanzacohetes!

—¿Es que vas a empezar la guerra tú solo? —preguntó, sorprendida.

—Cuando encargamos la casa, Garate, Alex y yo decidimos que este lugar sería el bunker en caso de problemas. Es decir, una pequeña fortaleza. Había que abastecerse bien —sonrió—. Mira, esta es la mía.

David agarró un revolver grande y cubierto de plata. Tenía un largo cañón que, por lo que había visto Miren, era capaz de destrozarse cabezas. Había otra exactamente al lado, en negro, que parecía no haber sido utilizada.

—Me gusta esa, como la tuya —dijo, acercándose a cogerla. Pesaba más de lo que parecía.

—¿Un Smith & Weason M500? —rio—. Tienes buen gusto, pero creo que eso es algo grande para ti, pequeña.

—¡No esperarás que coja un «Debringer»!

—Es *Derringer*. Y no, pero tampoco vas a coger ese pedazo de arma. Es enorme. Y no hagas comentarios raros —dijo, viendo las intenciones de Miren, que se sonrojó—. ¿Qué te parece esta?

—¿Cuál?

—Esta que estoy señalando.

—No veo nada.

—Exagerada. A nadie le gusta la Kolibri de 2mm, pero es una monada —David rio él solo.

—¿Y esta? Tiene la punta del cañón guay.

—La *Raffica*. No está mal, obra italiana. Puede disparar en automático y en ráfagas. Pero conociéndote, sé que perderías mucha munición. Mejor algo más polivalente y simple para ti.

—Sí, eso, dame algo simple. Por eso te tengo como pareja.

David se acercó a donde estaban las pistolas y estuvo mirando un rato. Parecía estar realmente concentrado, como si le fuera la vida en ello. Miren, por su parte, no dejaba de mirar las armas grandes. ¿Por qué tenía que utilizar una pistolita y no un poderoso revólver? En realidad, no le importaba demasiado, solamente quería aprender a utilizar las armas de fuego para poder batallar en caso de que fuera preciso.

—Creo que... esta —dejó un arma en las manos de la chica, que la miró con una ceja levantada—. No la mires así. La Sig Sauer P226 es una de las pistolas más utilizadas dentro del Clan de los Inmortales. No pesa demasiado y es manejable. Eres perfecta para ella.

—¿No querrás decir que ella es perfecta para mí? —rio.

—La varita elige al mago, señorita González.

El general Westphal apoyó la palma de la mano sobre el cadáver a sus pies. Miró a todos sus soldados, armados con rifles de asalto y los exoesqueletos o implantes mecánicos. Habían perdido a dos compañeros, pero lograron abatir al inmortal después de unos minutos de intensa lucha.

Al parecer, era un miembro del Nuevo Clan de los Inmortales, un espectro que estaba realizando incursiones en antiguas bases del

Clan de los Inmortales, inhabilitadas desde la rebelión tras la muerte de Kevin Oxford. Debía estar buscando información en aquella instalación de la India. Casualmente, el Ejército del Orden había encontrado el lugar aquella misma mañana y estaba en el interior.

En cuanto fue abatido, los soldados informaron al general destinado a aquel territorio, a Westphal, que apareció unos minutos después. Y allí estaba él, con la mano de su brazo biomecánico apoyada sobre el cuerpo. Se había sometido voluntariamente, varios meses antes, a la sustitución de su miembro superior derecho por un implante tecnológico mejorado. Podía resultar macabro, pero era algo que muchos soldados habían hecho. Algunos eran más máquina que hombre.

—¿Quién ha sido el inteligente que le ha disparado al estómago? —preguntó, furioso.

—He sido yo, señor —dijo una mujer con exoesqueleto—. Le tenía encima y me vi obligada a abrir fuego a quemarropa, señor.

Los dedos mecánicos de Westphal se cerraron con fuerza. Se puso en pie y se volvió hacia la Soldado del Orden, que retrocedió inconscientemente. La agarró del cuello y apretó con fuerza. La mujer, asustada, soltó el arma y trató de liberarse, en vano. Estaba comenzando a ponerse morada y sus ojos se inyectaron en sangre.

—Señor —dijo otro—, deténgase, va a matarla.

Westphal la soltó y la mujer cayó al suelo de rodillas, acariándose el cuello.

—Las órdenes eran ejecutar todos los disparos de pecho para arriba. ¡Órdenes directas del ministro Shepard! Ineptos de mierda, no se os puede dejar solos.

—Puede que si supiéramos el motivo... —dijo un tercer soldado, afroamericano.

—General, no importa —dijo el científico de campo—. Su sangre no es AB0.

Westphal asintió y se fue de allí con paso firme, furioso.